

FRANCISCO, TESTIGO DE LA ESPERANZA

Jorge Costadoat, SJ¹

Resumen:

El autor presenta al papa Francisco como un testigo de la esperanza en un mundo marcado por crisis políticas, sociales, ecológicas y tecnológicas. En medio de guerras, desigualdad, violencia y descomposición democrática, el papa Francisco llama a resistir el pesimismo que paraliza. Inspirado en la encíclica *Laudato Si'* y la bula *Spes non confundit*, Francisco invita a discernir los signos de los tiempos y descubrir en ellos motivos para la esperanza. Esta no es ingenua ni automática, sino fruto de la gracia y del compromiso activo con el bien. El discernimiento cristiano exige mirar con los ojos de la fe lo bueno que resiste en medio del mal. Cristo resucitado es el fundamento de esta esperanza, sostenida por la vida de los pobres, los mártires y los cristianos fieles. El gesto del Papa orando en soledad durante la pandemia es símbolo de que la fe puede sostenernos en la oscuridad más profunda.

Palabras clave: Papa Francisco, contexto latinoamericano, crisis mundial, esperanza, discernimiento.

El papa Francisco será recordado por más de un título: Papa de la libertad, Papa de las/os migrantes y las/os refugiados, Papa de las/os pobres y Papa de la alegría. Hoy lo recordamos como el papa de la Esperanza por hacer un llamado ardiente a combatir el pesimismo que nos invade. El panorama futuro es desalentador. Muchas/os, que han tenido la expectativa de mejorar sus condiciones de vida, están desilusionadas/os o, incluso, desesperadas/os.

¹ Investigador adjunto de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Se ha desempeñado como coordinador de la Comisión teológica de los jesuitas en América Latina y como director del Centro Teológico Manuel Larraín. Sus áreas de investigación tienen que ver con la Cristología, el Concilio Vaticano II, la Teología latinoamericana y la Formación del clero.

1. Contexto: situación mundial

El contexto latinoamericano y caribeño, que interpela a la Vida Religiosa a realizar un anuncio pertinente del Evangelio, es inquietante. La elección de Donald Trump como presidente de los EE.UU. ha oscurecido las esperanzas de justicia y paz en el mundo. La incertidumbre es enorme. Las/os más pobres y las/os migrantes forzados han sido los primeros en sufrir las consecuencias del despliegue belicoso del presidente de la nación más poderosa del planeta. Estas son las primeras víctimas que, de manera directa e inmediata, padecen este nuevo giro imperialista. Ya ahora, las relaciones internacionales se ven seriamente afectadas, y los países más vulnerables corren el riesgo de caer en una miseria aún mayor. La situación es impredecible. El escenario geopolítico cambia, y el panorama no augura nada bueno.

Sin embargo, el impacto global de estos acontecimientos no es un fenómeno nuevo. Basta recordar que la humanidad apenas está saliendo de la pandemia del Covid-19. En un mundo cada vez más interconectado, cualquier crisis grave puede tener efectos devastadores en regiones distantes del planeta. ¿Cuándo tendrá lugar otra pandemia similar? No lo sabemos, pero no podemos descartar que ocurra.

Las guerras han vuelto a ocupar un lugar central en la escena mundial. El equilibrio político internacional, fracturado con la caída del Muro de Berlín, hoy está roto. El mundo desconoce cuál de las grandes potencias terminará imponiéndose. Europa declina. ¿Quién ganará la guerra en Ucrania? Rusia sigue siendo un actor poderoso, pero EE.UU. establece los términos del conflicto. Mientras tanto, China emerge con una fuerza inédita en Oriente y expande su presencia empresarial y comercial en otros continentes. ¿Qué sucederá cuando despierte India? En caso de una gran guerra, el juego de alianzas podría arrastrar a las naciones más pequeñas. En el presente, nos sobrecoge el brutal ataque de Hamás a Israel y la respuesta genocida del Estado israelí contra el pueblo palestino. Cientos de miles de seres humanos han quedado al borde del colapso total.

Otro fenómeno que marca profundamente la realidad actual es el desarrollo vertiginoso de la ciencia y la tecnología. La informática, aunque facilita

la vida humana, también la hace más vulnerable. La cibernética impone un nuevo punto de inflexión en la desigualdad entre ricos y pobres. Se trata de un instrumento técnico formidable, un universo que opera en el aire. Sin embargo, los sectores más desfavorecidos quedan aún más rezagados. La competencia por la vida se intensifica y exige una velocidad cada vez mayor. La inteligencia artificial responde en segundos lo que en otras épocas tomaba horas, días o incluso años de investigación. En un sistema capitalista, la tecnología favorece a las/os más rápidos, es decir, a las/os más ricos, dejando en desventaja a países y personas de menores recursos. Se precariza el trabajo. Muchas personas no logran encontrar quién las contrate.

En nuestro continente, la violencia y la criminalidad alcanzan niveles inauditos de crueldad y van en aumento. El crimen organizado se expande, y opera desde de las cárceles. A menudo vinculado al narcotráfico, aunque no exclusivamente, destruye vidas y multiplica la delincuencia en los barrios. Las ciudades se han vuelto inseguras. Aunque proliferan sistemas de protección y cámaras de vigilancia, la ciudadanía tiene escasos recursos para defenderse. Las fuerzas policiales están desbordadas y los tribunales operan "puertas giratorias". La cantidad de dinero que circula para sostener el delito es tan abrumadora que, en mayor o menor medida, los Estados se ven corroídos por la corrupción. Las democracias están en peligro o en proceso de descomposición. En los sectores populares, la extorsión aterroriza a la población. Hay comunidades enteras controladas por bandas criminales. En este contexto, la tentación de recurrir a la represión, incluso a costa de violar derechos humanos, es grande. Nayib Bukele se erige como un símbolo de una posible solución.

No hemos mencionado aún las dictaduras antiguas y nuevas. En Cuba, la situación de la población empeora día a día. En la isla no se vislumbra ninguna luz de esperanza. Tampoco la hay en Venezuela, donde la manipulación de las elecciones presidenciales por parte de Maduro y la represión brutal de la disidencia han anulado cualquier posibilidad de cambio. En Nicaragua ocurre algo parecido. Ortega, quien en su juventud luchó contra la dictadura de Somoza, se ha convertido en un tirano y un perseguidor de la Iglesia.

2. Panorama ecológico, social y medio ambiental

He dejado aparte como un asunto clave del contexto, el fenómeno de la crisis ecológica, social y medio ambiental. Lo hago motivado por considerar que éste constituye el mayor de los problemas.

En un libro reciente de Sandrine Dixon-Decleve *et al.* titulado *La tierra para todos* se nos dice:

*"La civilización se encuentra en un momento único, en una encrucijada. Pandemias, incendios y guerras se arremolinan a nuestro alrededor mientras escribimos, signos ciertos de que la sociedad sigue siendo extremadamente vulnerable a los diferentes impactos a pesar de un progreso sin precedentes. Más allá de las turbulencias inmediatas, nos hallamos en medio de una emergencia planetaria originada por nosotros mismos."*²

Continúa más adelante:

"Conocemos los puntos débiles. Todos sabemos que debemos terminar con la pobreza extrema de miles de millones. Todos sabemos que debemos corregir la crisis de desigualdad. Sabemos que necesitamos una revolución energética. Sabemos que nuestras dietas industriales nos están matando y que la manera en que cultivamos nuestros alimentos está arrasando con la naturaleza, produciendo una sexta extinción masiva de especies. Sabemos que la población mundial no puede seguir aumentando indefinidamente. Y sabemos que nuestras huellas materiales no se pueden expandir infinitamente en nuestro planeta finito, azul y verde."

Después de 10 años de la publicación de *Laudato Si'* (2015), conviene recordar las palabras del papa Francisco sobre el origen de la catástrofe en curso:

"Los poderes económicos continúan justificando el actual sistema mundial, donde priman una especulación y una búsqueda de la renta financiera que tienden a ignorar todo contexto y los efectos sobre la dignidad humana y

² Dixon-Decleve y otros, *La tierra para todos. Una guía de supervivencia para la humanidad*, 25.

el medio ambiente. Así se manifiesta que la degradación ambiental y la degradación humana y ética están íntimamente unidas. Muchos dirán que no tienen conciencia de realizar acciones inmorales, porque la distracción constante nos quita la valentía de advertir la realidad de un mundo limitado y finito. Por eso, hoy «cualquier cosa que sea frágil, como el medio ambiente, queda indefensa ante los intereses del mercado divinizado, convertidos en regla absoluta» (LS 55).

En otro lugar Francisco advierte que el problema no tiene que ver simplemente con poderes o personas, sino con un modo de desarrollo de la economía que degrada necesariamente a las/os pobres y a la tierra.

Según el Papa:

“se trata de redefinir el progreso. Un desarrollo tecnológico y económico que no deja un mundo mejor y una calidad de vida integralmente superior no puede considerarse progreso” (LS 194).

Con esto solamente enunciamos el mayor de los signos de los tiempos. Si estos tienen que ver con el sentido de la historia, la crisis en curso constituye la más importante de las apelaciones a tener esperanza y a pasar a la acción.

3. Signos de los tiempos, signos de esperanza

En este contexto, al igual que los padres conciliares hicieron en el Vaticano II (GS 4 y 11), también hoy debemos discernir los signos de los tiempos. El mismo papa Francisco llama a escrutar cuál puede ser la acción de Dios en los acontecimientos históricos. En *Spes non confundit*³, afirma:

“Además de alcanzar la esperanza que nos da la gracia de Dios, también estamos llamados a redescubrirla en los *signos de los tiempos* que el Señor nos ofrece. Como afirma el Concilio Vaticano II, «es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el

³ Francisco, "Spes non confundit", 7.

sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas». Por ello, es necesario poner atención a todo lo bueno que hay en el mundo para no caer en la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia. En este sentido, los signos de los tiempos, que contienen el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en *signos de esperanza*”.

Conviene analizar esta cita:

- La esperanza, dice el Papa, se alcanza. Es obra de la gracia, pero también exige un trabajo que realizar. Hemos de suponer que ella es inherente a la fe de las/os cristianos y, al mismo tiempo, se hace necesario “redescubrirla”. En otras palabras, no es obvio ni se puede dar por sentado que las/os cristianos vivan de ella. Puede darse en ellas/os de un modo germinal sin dar aún sus frutos.
- Esta esperanza se deja ver en los acontecimientos históricos, pero no de un modo evidente. El Señor mismo ofrece señales, “signos de los tiempos”, que sirven para encontrarla. Estos son señales, indican, dejan huellas o luces que ayudan a esperar –podríamos agregar– justo cuando no hay razones para ser optimistas o nos hallamos desesperadas/os.
- Los signos han de ser escrutados, pues en ellos pueden darse indicaciones equívocas. En la historia hallamos de todo, bien y mal, y es fácil confundirse. Es posible engañarse. Al momento de tomar decisiones y pasar a la acción, es menester hacer un discernimiento espiritual, de un modo semejante a como lo hacen las/os cristianos y cristianas para vivir espiritualmente en su vida ordinaria. La Iglesia, en el plano colectivo, tiene la responsabilidad de atender a estos signos, indagar su expresión espiritual y dar a las/os cristianos una orientación.
- Un criterio muy importante que nos da Francisco en este texto es poner atención a “todo lo bueno”. En el mundo constatamos que hay bien y mal. Si se trata de redescubrir la esperanza cuando abundan los motivos para no tenerla, “todo lo bueno” sirve para mantenerse en el camino. Aunque sea de noche, digámoslo así, reconocer dónde se dan señales positivas, acciones y personas alentadoras da ánimo y orienta.

- En las actuales circunstancias, el Papa advierte contra “la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia”. El contexto descrito más arriba da para desanimarnos. Cualquiera podría bajar los brazos y echarse a morir. El pesimismo es comprensible, pero las/os cristianas tienen razones para no sucumbir. El pesimismo puede afligirnos, pero no puede volverse crónico. La esperanza, precisamente, sirve para vencer la tentación de pensar que todo está perdido. La esperanza no es sinónimo de optimismo; es una convicción que sale al paso del ánimo de rendición.
- En fin, el Papa exhorta a transformar los signos de los tiempos—de suyo opacos— en “signos de esperanza”. Tras el discernimiento, los signos de los tiempos dejan de ser equívocos. Al pasar las espigas por el arnero, lo que queda es el trigo limpio. En lo que aquí respecta, quedan los motivos y las razones para seguir esperando.

4. Criterios de discernimiento

En la cita anterior, el Papa nos da un criterio de discernimiento: “todo lo bueno que hay en el mundo”. Pero, ¿qué es lo bueno? También este criterio debe pasar por el cedazo del discernimiento. Para reconocer cuándo lo bueno es verdaderamente bueno y no nos engaña, la Iglesia cuenta con Jesucristo. Él es el criterio por excelencia. El Espíritu que nos muestra cómo lo realmente “bueno” se manifiesta en la historia es el mismo Espíritu que guio a Jesús a lo largo de su vida y que ha conducido a la Iglesia por dos mil años. El Hijo de Dios encarnado es el camino. La Iglesia peregrina, capacitada interiormente por el Espíritu, cuenta con el misterio de su vida, muerte y resurrección para seguir al Maestro.

En lo que nos concierne ahora, es decir, la tarea de discernir los motivos de esperanza en el contexto en que nos hallamos, sabemos que nuestra esperanza es Cristo, triunfador sobre el pecado y la muerte. Las Sagradas Escrituras y la Tradición contienen todos los elementos que acreditan cómo Jesucristo es el fundamento de la esperanza cristiana.

Los evangelios mismos son un llamado fervoroso a la esperanza: “Conviértanse y crean en la buena noticia”. Jesús, en un contexto de opresión religiosa y dominación política sin salida, anuncia a cualquiera que quiera escucharlo que Dios lo ama y que los cambios son posibles

(Mc 1,15). Los demás episodios de la vida de Jesús son pruebas que respaldan estas afirmaciones.

Recordemos estos casos:

- La curación de un leproso muestra que es esperanzador que las personas sean reintegradas a la comunidad (Mc 1,40-45); pues es cruel que sean excluidas.
- La resurrección del hijo de la viuda de Naín da esperanza a una mujer que probablemente estaba desesperada (Lc 7,11-17). La muerte es símbolo de que no hay nada más que esperar, pero Jesús cambia esta realidad.
- Al multiplicar los panes y los peces (Mc 6,30-44), Jesús satisface la más básica de las necesidades humanas: alimentarse. En estos casos, la esperanza combate el hambre. Saciar el hambre equivale a un sacramento. Dar de comer al hambriento hace tangible la bondad de Dios.

Para la Iglesia, el gran signo de esperanza es Cristo resucitado y, podríamos añadir, ella misma: sus santas y santos, sus mártires, y la vida de los cristianos sencillos que cada día salen a ganarse el pan en nombre de Dios.

En tiempos tan inciertos y angustiantes, los cristianos debemos observar con los ojos de la fe cómo quienes tienen motivos para desesperar, en virtud de su fe, luchan y ríen. La alegría de las/os pobres nos ilumina el camino.

Francisco ha sido un Papa que ha sabido dar esperanza. Nadie que lo haya visto en la Plaza de San Pedro orando por la humanidad víctima de la pandemia del Covid-19, el 27 de marzo de 2020, podrá olvidarlo. Esa tarde lluviosa de Roma, el Papa eligió el texto de la tempestad calmada para recordar a los angustiados —es decir, a todo el mundo— que Jesús puede hacer lo imposible para quienes tienen fe (Mc 4,35-41). El gesto de Francisco quedará inscrito en la Tradición de la Iglesia como un criterio seguro para discernir el Evangelio en tiempos de pesimismo.